

san naturalmente á Mr. Spencer de este crimen, tienen por imperdonable el asesinato de un hombre á quien la justicia hiciera comparecer en calidad de testigo, y los oficiales de Campo-Floyd hubieron de esforzarse mucho para impedir que los soldados vengaran la muerte de su camarada que era á la vez un hombre excelente y buen militar. Los mormones afirman que la bala salió de una mano desconocida; que el sargento había hecho una violencia inútil á Mr. Spencer, el cual, viéndose hostilizado, hizo naturalmente uso del sagrado derecho de propia defensa.

Dos meses antes de nuestra llegada al Utah, Mr. Hennefer, uno de los santos, había sido amarrado á una carreta y azotado por el teniente Saunders y el ayudante mayor Covey. Los anti-mormones dicen que estos últimos habían reconocido en su víctima al espía que dos años antes había sorprendido la conversación que sostenían en casa de MM. Livingston y que habiéndoles salido luego al camino con seis compañeros suyos, hirió en el pecho al doctor Covey. Los mormones dicen que Mr. Hennefer es un ciudadano pacífico, incapaz de ofender á nadie y por otra parte que se ha justificado por un *alibi* del crimen que se le imputa.

Fácil me sería multiplicar los ejemplos de las deposiciones que he recogido de una y otra parte: todas son igualmente contradictorias y *tantas componere lites quis audeat?*

Lejos de mí la idea de creer que los hombres honrados que me hablan de los mormones en Camp-Floyd, exageran de mala fe los hechos que refieren y envenenan la cuestión de caso pensado; pero aceptando y todo la asercion de que un extranjero no puede ver mas que el lado bueno del mormonismo, es imposible dejar de conocer que su modo de pensar sobre cuanto tiene relacion con este nuevo pueblo, es completamente falso: despues de la carnicería de Cawnpore ¿quién de nosotros habría admitido la sombra de una excusa en favor de Nana-Sahib? Entre tantos hombres,

sea cualquiera su fanatismo y su afición á la poligamia, que es lo primero que se les reprocha, es imposible que no haya alguna gente honrada. Sin embargo, desde su jefe, *ese vil impostor*, hasta el último miembro de la congregación, todos son horribles facinerosos, al decir del partido contrario. Los mormones son mucho mas tolerantes: tienen mejores palabras para los gentiles, y aun para los funcionarios federales que no los perjudican, ni ofenden. Hacen grandes elogios del teniente coronel Steptox del 9.º de infantería y de los oficiales de su regimiento; del general Wilson que ha venido á ser agente de la marina de San Francisco y del coronel Cooke, comandante actual de Camp-Floyd. Nada dicen contra Mr. Reed ó Mr. John Kinnoy, gran juez del tribunal Supremo; finalmente, cuando en 1855 murió Mr. Leonidas Shaver, magistrado federal, sus periódicos salieron de luto y abrieron á aquel gentil su cementerio. Tampoco insultan á los comerciantes que son rivales suyos.

Verdad es que cuando creen justo desenmascarar á un hombre que goza de una reputación mal adquirida, lo hacen abiertamente. Con todo eso, lo repetimos, su disciplina y tolerancia, son notables; y por no citar mas que un ejemplo; mas de uno de sus jueces enviados por el gobierno de Washington habrían corrido gran riesgo en las asambleas religiosas de Europa y fueron respetados en la ciudad de los Santos.

Un día, en fin, algunas ráfagas de hielo, algunos aguaceros y la familiaridad del pájaro de las nieves, nos advirtieron que la bella estación tocaba á su fin y que no debíamos perder tiempo en dejar la tierra santa: algunos días despues la abandoné.

He procurado compartir con mano imparcial el vituperio entre los dos partidos que ocupan este país y habiéndolo hecho sin acritud, debo esperar verme vituperado á la vez por unos y otros.

MADAMA LOREAU.



El trineo en peligro.

VIAJE POR LAS FRONTERAS RUSO-CHINAS

Y ESTEPAS DEL ASIA CENTRAL.

POR TOMAS WITLAM ATKINSON.

1848.—1854.

Preliminar.—Cómo se puebla la Siberia y modo de viajar por ella.

El 22 de febrero de 1848, un trineo de viaje en que iban Mr. Witlam Atkinson y su esposa (los mismos viajeros cuyos pasos seguiremos), llegó al galope del interior de Moscou á la puerta de esa ciudad que se abre en el camino de la Siberia. Las barreras de las ciudades rusas se forman con dos grandes postes ó pilares que sostienen un grueso travesaño móvil. Elévase éste siempre que ha de pasar un carruaje ó ginete y despues vuelve á caer inmediatamente. Antes de pasar esta barrera, especie de yugo ú horca la familia inglesa debió presentar sus pasaportes. «Por breve que fuera esta formalidad, dice mistress Atkinson, este momento bastó para evocar en nuestra memoria las lamentables sombras de los numero-

sos proscritos para los cuales aquella barrera había sido la primera etapa del destierro; unos acusados de los mayores crímenes, otros de dudosos delitos, muchos de ellos víctimas del capricho, de la brutalidad ó de los terrores de un señor, no pocos mártires de una fe heroica.

Durante nuestra corta permanencia en Moscou, las familias de algunos deportados, sabiendo nuestro designio de visitar próximamente las comarcas en que sus padres, sus maridos y sus hermanos gemían allá por tantos años, procuraban relacionarse con nosotros. Cada uno de los individuos de estas familias tenía alguna cosa que comunicarnos. Aquí una mujer que había quedado en la puerta de Moscou con su hijo en los brazos para recibir la última mirada de su marido y de su padre; allí niños inocentes, hom-

bres hechos ya, que se habían horrorizado al ruido de las cadenas de sus padres á quienes abrazaban por la última vez; allá una madre que con toda la angustia de su alma había asistido al desfile de sus hijos entre aquellos funestísimos postes que nunca habían de volver á pasar; acullá, en fin, castas doncellas que habían recibido el último adiós de aquellos que les eran queridos y á quienes abrazaran en un instante supremo para no volver á verlos... ¡Ay! todos estos infortunados tenían algún mensaje que darnos. Y como cada familia tenía un hijo, un padre ó un hermano en la Siberia, todas las familias, todas, querían tenernos de huéspedes. No se habían atrevido á escribirles hacia mucho tiempo: solo podían transmitirles oralmente los testimonios de su interés y afecto y cada cual quería que nosotros hiciéramos de estas comisiones un caso particular. Ninguno creía habernos hablado bastante sobre los detalles de su infortunio, detalles trágicos las mas veces, siempre tristes hasta el mas alto grado de dolor.

Había en aquellas historias de familia un interés tan melancólico, que todo el mundo hubiera sentido cómo y lo qué nosotros. Tratábase generalmente de las circunstancias que habían conducido al destierro á seres queridos y de la dificultad de hacer llegar tan lejos ciertas confidencias de que dependían el honor, la fortuna y el porvenir de muchas familias. Así comprendía yo las minuciosas recomendaciones de que era objeto cada confianza, y nunca, jamás olvidaré el momento solemne, supremo, religioso de nuestra despedida, en que tantos corazones rotos de dolor y empapados en lágrimas de fe, de esperanza y de amor llamaban sobre nosotros las bendiciones del cielo.

Los señores Atkinson, durante su larga peregrinación por la Siberia, pudieron cumplir la mayor parte de los compromisos contraídos en favor de aquellos infortunados. Desde la pendiente oriental del Ural, que bajaron por el bello valle de Tura hasta las orillas basálticas del lago Baikal los ilustres viajeros se desviaron muchas veces de su camino para ir á alguna aldea apartada en soledades sin nombre ó al antro subterráneo de alguna mina en busca de algún desterrado recomendado á su solicitud para transmitirles subrepticamente una memoria de amor, una triste nueva del hogar perdido.

Así en la primera ciudad siberiana en que pusieron el pie, en Neviansck, célebre por sus riquezas metalúrgicas y por su casa de moneda, cuya alta y bella torre se inclina fuera de la perpendicular mas aun que la torre de Pisa y hace pensar involuntariamente en esos monumentos de base de arena de que habla la escritura, los viajeros pudieron cerciorarse de que una buena parte de la población desciende de los fugitivos escapados en el último siglo

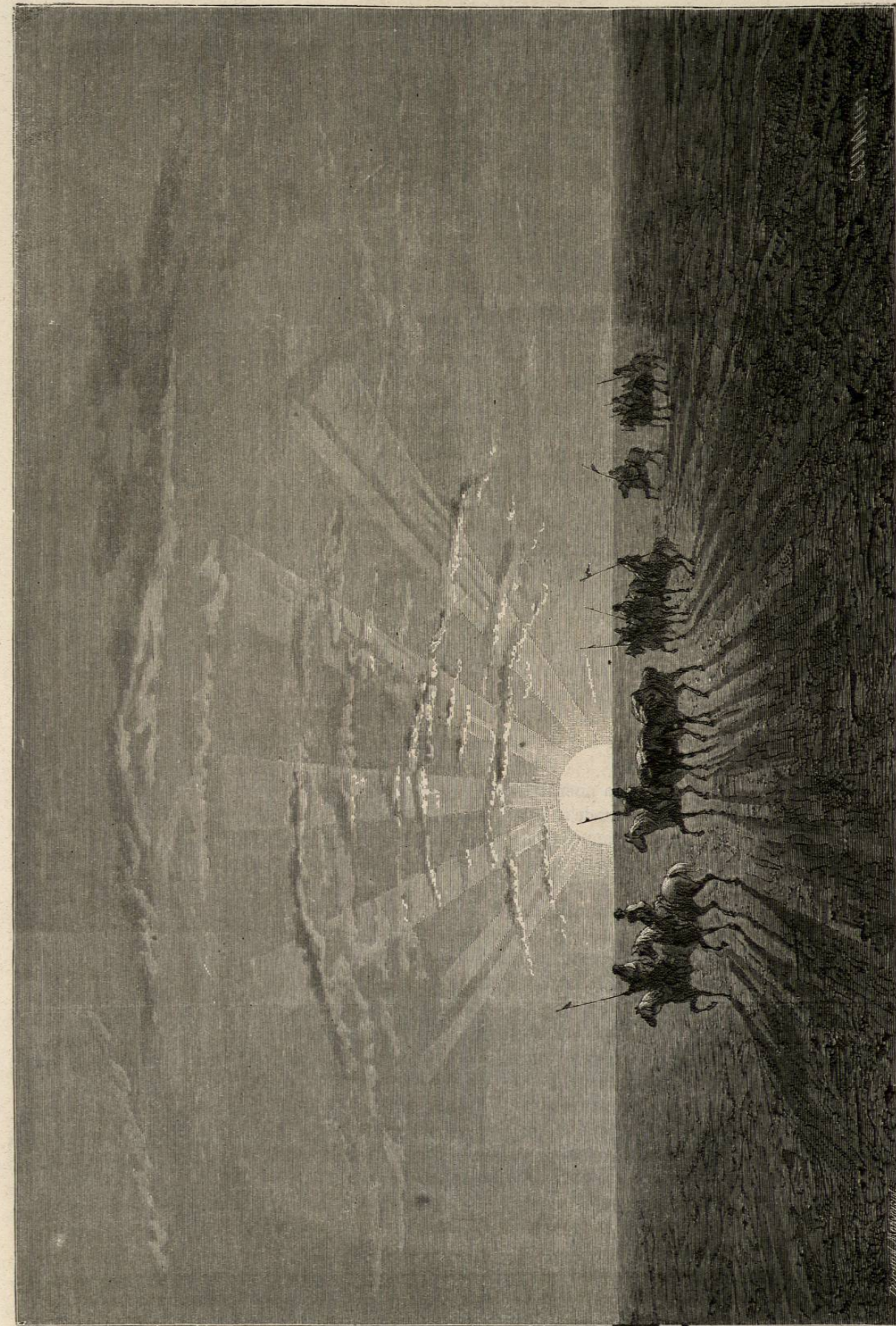
de las soledades de Berezof y otros infiernos siberianos y que á despecho de las terribles prescripciones imperiales el primero de los Demidoff acogió, ocultó y empleó en sus fábricas.

Así en la confluencia del Iset y del Tobol en Yaloutorrwsk, fueron á abrazar en nombre de su familia á uno de los principales conjurados de 1825, un Murawieff á quien veinte y cuatro años de destierro, pasados la mayor parte en los bosques pantanosos del gobierno de Yakust, sin sociedad ninguna, sin libros, sin papel no habían podido modificar su espíritu indomable ni las convicciones porque padecía y por las cuales pereció su hermano en el último suplicio (1).

Así tambien en el vecindario de Minusink, lugar poblado de desterrados en el Jenissei, fueron á visitar á un sabio alemán, al doctor Fahlenberg, cuya muerte fue anunciada veinte y cuatro años antes á su familia, á quien no había podido desengañar, y sabiendo para colmo de amargura que su mujer se había vuelto á casar. No es esto todo: este hombre tan distinguido por su erudición como por la alteza de su espíritu había abierto en Minusink una escuela, á donde muy luego acudió la juventud de las inmediaciones. Así que el gobierno lo supo, mandó cerrar la escuela, deportó al sabio al interior del desierto y aun le prescribió la única ocupación que le era permitida. «Hé aquí, dijo el desgraciado abriendo su ventana ante los dos viajeros y mostrándoles un rincón de tierra plantado de tabaco; hé aquí la noble ocupación á que debo consagrar los pocos años que me restan de vida.»

En Irkoutsk, donde Mr. Atkinson y su esposa pasaron los dos inviernos de 1850 á 1852, había cierto número de desterrados rusos y polacos que condenados á los trabajos de las minas de Nertchinsk habían obtenido al fin una *commutation de pena* y formaban á la sazón la mejor y mas agradable sociedad de la capital de la Siberia oriental. Había entre ellos dos señores rusos: los príncipes Troubetskoi y Wolkonskoi con sus familias. La mujer del primero, educada en su juventud en Inglaterra entre las mas ilustres familias de los tres reinos era la primer mujer de alta clase que hubiera seguido á su esposo al destierro siberiano. Su ejemplo fue contagioso. Mad. Atkinson oyó de boca de esta misma señora, cuyo cultivado talento se igualaba á su abnegación, la relación del viaje que había emprendido, acompañada solamente de una criada, á aquellas tristes regiones y la historia mas lastimosa aun de su recepción y de su género de vida

(1) La muerte de Sergio Murawieff es tristemente célebre: condenado á la horca, la cuerda se rompió antes de que espirara; mientras que se buscaba otra, el hombre volvió en su acuerdo y viendo lo que se preparaba de nuevo, se contentó con decir: «Duro es, en verdad, esto de morir dos veces.»



El desierto en Mongolia.

en las minas de Nertchinsk, donde el príncipe, su esposo, trabajaba como un presidario. En cuanto al príncipe Wolsknskoi, cultivaba todos los estíos con sus propias manos una hacienda que le habían cedido en las inmediaciones de la ciudad, cuyos productos vendía la princesa su esposa. El príncipe, hombre de dignos modales siempre, vestía siempre más que modestamente. Siempre también en las reuniones públicas, en el teatro, en la iglesia se colocaba entre la gente del pueblo á quien amaba y de quien era también amado.

«Yo soy uno de tantos, solía decir, y me honro en que así se me considere.»

Estos pormenores tocan por más de un punto á cuestiones de un orden extraño á este compendio; sin embargo, como rasgos de costumbres locales tienen su lugar marcado en él. La geografía no puede ignorar cómo y por quién se puebla y civiliza una comarca más estensa ella sola que nuestra Europa entera; comarca á la que sus grandes bosques, sus ríos inmensos, sus riquezas minerales, su fértil suelo, á pesar de los rigores del invierno, y finalmente la proximidad de la China, la Transoxiana, el Japon y la América, reserva sin ningún género de vida un gran porvenir. Ahora bien, cuando su población sea bastante densa para formar una nación, no puede dudarse que honre como merecen los ilustres nombres que acabamos de citar, y muchos más aun sellados bajo la piedra del sepulcro ó al pie de las negras cruces que por millares señalan las fosas de los polacos en el suelo de Siberia, como se honran los nombres de sus padres y fundadores.

Cuando Mr. Atkinson volvió á pasar la puerta fatal de Moscou, habían corrido siete años desde su partida. Había recorrido, ya solo, ya acompañado de su animosa compañera y aun de un hijo habido en este viaje, la Siberia Meridional, las montañas del Altai y la vasta depresión que se extiende entre esta cadena y los Montes Celestes en una serie de itinerarios que daban un total de 63,000 kilómetros ó sean 15,850 leguas. El primero de todos los europeos ha cruzado el camino que en otro tiempo siguieran las hordas de Gengis y de sus hijos; el primero también ha visto alzarse ante sí las nevadas masas de Bogda-Oola y los alpestres paisajes del Alato. Si de estas regiones inexploradas, antes pudo llevar un diario de noticias escrupulosamente escritas, y una cartera de quinientos sesenta dibujos, no fue sin dificultades ni trabajo.

«Con frecuencia, dice el mismo, he sufrido frío, calor, sed y aun hambre; con frecuencia también me he hallado en las situaciones más críticas en medio de las tribus del Asia Central, y sobre todo entre los *utlacs*, escapados de los establecimientos penitenciarios de la China, hombres desesperados que tienen la

vida en nada. Me he visto en fin, espuesto á una muerte inevitable, al borde de espantosos precipicios, de los que solo me separaba el espesor de un cabello.»

En estas comarcas donde todo es salvaje, la naturaleza, los hombres y los animales, ni aun las partidas de recreo dejan de ser peligrosas. Voy á citar un ejemplo.

Estábamos en Kopal, al pie del Alato y una bella aunque fría mañana vino mi huésped á proponerme un paseo en trineo sobre la nieve aplanada y endurecida por el hielo. El trineo, semejante á los que usan los campesinos de Siberia, es una simple caja de mimbre en forma de canasta fija más ó menos fuertemente en un aparato de madera. En el fondo de esta caja y sobre un banco revestido de pieles, pueden acomodarse aunque no con desahogo dos personas, y en una plancha colocada en la delantera el conductor.

Mi huésped, oficial de artillería, había cambiado sus viejos caballos rusos por magníficos garañones kirghis, y uncieron al trineo tres de estos últimos aun no acostumbrados al yugo. Trajeron, pues, el trineo á la puerta de nuestra habitación que se abría á una llanura de más de 30 millas de extensión, pero limitada lateralmente por un barranco de espantosa profundidad.

Apenas tuve yo tiempo de entrar en el trineo cuando los caballos, dando un salto salieron á galope: el cochero lanzado de su asiento, fué á caer en la nieve abandonando las riendas, y los salvajes brutos se dirigieron hácia el barranco. Desde luego comprendí el peligro; pero tirarme del trineo era buscar una muerte segura: con que hube de resolverme á correr el riesgo, entregándome al azar. Por otra parte, al paso que llevaban los caballos, el resultado no podía hacerse esperar. Nos aproximábamos á un punto del barranco, cuya profundidad no era menos de 60 pies y ya estábamos bastante cerca para ver el opuesto borde, negro y perpendicular, cuando de repente volvieron los caballos derechamente hácia el borde del precipicio. Pero antes que yo pudiera calcular el peligro, los salvajes animales me llevaban en una dirección opuesta, arrastrando el vehículo por aquí y por allá por las asperezas del suelo como la cola de un cometa.

Entre los peligros de otro género tan frecuentes en los caminos de Siberia, citaré las estúpidas supersticiones de los viejos campesinos, colonos primitivos del país. En una cabaña á donde fuimos una noche á pedir hospitalidad, habían sido poco antes degollados á hachazos dos viajeros por el propietario de aquella solitaria vivienda, el cual los sacrificó tan bárbaramente mientras dormían, por haberlos visto hacer una cena de regalada carne en la noche del viernes al sábado. Su conciencia no pudo tolerar semejante

escándalo bajo su techo y solo la muerte de los culpables le pareció suficiente espriación.»

Pero dejemos las comarcas rusas de que otros viajeros nos han hablado ó hablarán próximamente, y sigamos á Mr. Atkinson que nos conducirá á los límites que las separan de las posesiones chinas.

I.

El país de los kalkas.—Mongolia antigua.

Acababa de recorrer el Altai. El valle de Bia donde se muestra el Altin-Kool (lago de oro), me había ofrecido paisajes que en nada ceden á los más bellos de los Alpes itálicos y suizos. El valle de la Katunnia, no menos bello, me había conducido hasta la cumbre del Bieluka. Desde este punto culminante del macizo altáico, descendí hácia el Sur, resuelto á ir á buscar en el Gobi escenas que no habían sido jamás consideradas por un europeo ni menos reproducidas por el pincel. Bien sabía yo que mi carabina había de serme necesaria para algo más que para procurarme la comida. Allí el valor y la sangre fría del viajero, se ponen con frecuencia á prueba por hombres que no conocen el temor ni la fatiga. Hay, pues, que tener pulso firme, vista pronta y costumbre en el manejo de las armas, si quiere uno garantizarse de todo acto de violencia. La rapiña es el derecho común en el desierto, y, lo que es peor, el viajero que se rinde, si no es condenado á muerte, tiene que sufrir seguramente todas las penalidades del más cruel cautiverio.

Mi escolta se componía de tres cosacos honrados y valerosos compañeros, dispuestos á arrostrar todo peligro, á los que añadí siete kalmucos, fuertes y audaces cazadores, avezados á la vida de las montañas. Llevábamos abundante provisión de pólvora y plomo y ocho carabinas. Mis kalmucos tenían la cabeza rapada excepto la coronilla de que les pendía hasta la espalda un mechón de pelo trenzado á la chinesca: ellos mismos podrían considerarse como súbditos chinos; pero por desgracia, la Rusia los obliga también á pagar ciertas exacciones.

El jefe de mi escolta kalmuca, se llamaba Tchucka-boi, hombre robusto y fuerte, de aspecto varonil y no feo, de frente llena y ojos negros. Vestía una capa de piel de caballo ceñida con una ancha banda roja. Cuando hacía calor, quitaba las mangas de la capa, atándose las á la cintura. Este traje le caía en grandes pliegues que daban todo su relieve á su arrogante porte y á sus airoso movimientos imprimiendo también un gran efecto á su hercúlea forma. Después de todo y sobre todo, era un agradable compañero de viaje por su excelente carácter. Soportando hambre y sed sin murmurar ni quejarse, me acompañó por espacio de muchos días en mis fatigosas escursiones.

Nuestras exploraciones comenzaron más allá del río Narym, en el punto en que los montes *Kurt-chum* deberían reunirse con el gran Altai; pero no se encuentra esta cadena sino en nuestros mapas: en la naturaleza no existe. Numerosas ramificaciones corren desde el Altai al través del desierto de Ulan-Kum, en cuya dirección emprendimos nuestra marcha. En nuestras investigaciones al Sur hácia el Ubsa-noor; hicimos la ascension de ásperas rocas y atravesamos numerosos y pintorescos valles. Yo llevaba dos objetos en este viaje: visitar los montes Tangnu que había columbrado desde la cima del Bieluka y el gran lago que recibe tantas avenidas sin tener ningún desagüe aparente. Hay en la cadena del Tangnu un gran número de cúspides que superan el nivel de las nieves perpétuas; algunas de ellas tienen hasta 11,000 pies de altura. Caminábamos al Este y hubimos de cruzar los orígenes de muchas corrientes que descienden de las alturas hácia el Ubsa y cuyo número no podría determinar. Ninguno de los hombres de mi escolta había antes penetrado en esta región, ni tampoco habíamos encontrado un indígena de quien informarnos. En el país alto, la caza era abundante: no era raro ver asar en nuestro campamento y servir en nuestra comida succulenta caza. En algunos parajes, se hallaban las estacas que habían servido á las *yurtas* cónicas de los kalkas, cuyos puestos de caza indicaban. Después de haber caminado por espacio de doce días acampando á las orillas de los torrentes que bajan en uniformidad de la cadena del Tangnu, llegamos á un río que corría del Noreste.

Imposible nos era atravesarlo á la altura en que nos hallábamos y nos fue preciso subir hácia su origen. Nuestra marcha á lo largo de este río nos llevó muy lejos por las salvajes montañas del Tangnu.

Habiendo conseguido no sin dificultad hacer la ascension de una de las cimas que se elevaban hasta la región de las nieves, me hallé en frente de una perspectiva, tan estensa como espléndida. Inmediatamente por bajo de mí yacía el Ubsa-noor; en lejanía por el lado del Sureste, se veía el desierto de Ulan-Kum y el Aral-noor; al Sur el Tchagan-Tala y las alturas que se escalonan hácia el Gobi; al Sureste se columbraban las crestas de los montes Kanhges, de las cuales muchas desaparecían bajo la nieve. Era un golpe de vista echado sobre el Asia Central, sobre un país que ningún europeo había visto aun. Un oscuro y brumoso bosquejo del Bogda-Oola, se dibujaba allende la tierra del Gobi y del vasto desierto que se extendía á lo lejos hasta perderse de vista.

La mayor parte de esta comarca es enteramente salvaje, sin ostentar un árbol sino es en sus barrancos y profundos valles. Asimismo casi todas sus montañas están desnudas de arbustos aun en sus vertien-